

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE Deuteronomio 30:14-20

El mundo moderno vive demasiado rápido. Por eso la mayoría de las personas quieren vivir la vida lo mejor que se pueda. ¿Pero qué es vivir la vida lo mejor que se pueda bajo su propio concepto? La mayoría de las personas centrarán este concepto en hacer todo lo que les sea placentero, todo lo que sea agradable para ellos; la mayoría de ellos no les importará lo que piense la gente y peor, no les importará lo que piense Dios; a la mayoría de ellos no les importará si para hacer aquello que satisfaga sus instintos, sus deseos o pasiones, tengan que lastimar a otros y peor, no les importará lastimar el corazón de Dios.

La vida es una y hay que vivirla lo mejor que se pueda, dicen; hay que darle al cuerpo lo que pida porque cuando muramos no nos vamos a llevar nada. Estas personas realmente no están tomando en serio la eternidad y piensan que su mejor vida y su mejor momento es aquí y ahora, pero están en un error. Pero aún aquí, en la tierra, tampoco es verdad que tu mejor vida y tu mejor momento está en hacer lo que quieras, viviendo solamente para satisfacer tus deseos y para darle gusto al cuerpo. Dios es Soberano no solamente en el cielo, sino en la tierra también y está viendo y juzgando todo.

Infortunadamente esta manera de pensar no solamente pertenece al mundo sino que también se ha infiltrado hacia el interior la iglesia y por eso vemos a muchos creyentes viviendo vidas como cualquier no creyente que vive para sí mismo; es por eso que vemos en la Iglesia tanto adulterio, abuso sexual, prácticas sexuales indebidamente, jovencitas soleteras embarazadas, drogas, alcohol, robos, insultos y pleitos, etc. Lo mismo estaba ocurriendo con la nación de Israel en tiempos de Moisés y el profeta les está enseñando que su forma de vivir buena o mala tendrá una consecuencia aquí en la tierra porque Dios está viendo y juzgándolo todo.

Esa es una realidad que los israelitas no deberían ignorar y que tampoco nosotros debemos dejar pasar de lado. Sin embargo, tenemos que reconocer que vivir como Dios espera de su pueblo es muy difícil, pero por ello nos dejó ese manual de vida y conducta que se llama La Biblia, que no solamente nos dice qué es la vida que agrada a Dios, sino que nos enseña cómo lograr vivir esas vidas que Dios espera de nosotros.

“Porque muy cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (v.14).

Moisés está dando una serie de instrucciones al pueblo que tiene que ver con la bendición de Dios en la obediencia, pero también da una fuerte advertencia acerca de las consecuencias de desobedecer. Lo primero es muy agradable al oído, pero lo segundo es algo que la mayoría de la gente no quiere escuchar; ellos prefieren creer en el “*dios bonachón*” hecho a su medida, que satisface sus gustos y que comprende sus debilidades y les deja pasar sus pecados. Prefieren creer en el dios en el cual pueden compensar su vida de pecado haciendo ofrendas y practicando ciertos rituales. Pero la verdad es que el juicio de Dios comienza en casa, con los suyos, como dice el Apóstol San Pedro: “*Ha llegado ya el momento de que Dios juzgue a todos, y de que **empiece por juzgar a su propio pueblo**. Y si empieza por nosotros y nos hace sufrir así, ¡imagínense lo que les espera a los que no obedecen la Palabra de Dios!*” (1P. 4:16) Dios ha dejado su Palabra para guiarnos y para fortalecernos en la fe, así que no hay excusa. Los israelitas se quejaban de que estaba muy escondida y que por lo tanto era inalcanzable, imposible de cumplir (vv.12-13). En otras palabras, se quejaban de que no la podían entender y de que por eso no la podían cumplir, pero esto no es verdad. La Palabra estaba al alcance de ellos. Dios revelaba su Palabra a Moisés y él la comunicaba al pueblo tal y como Dios le decía; así que la Palabra estaba muy al alcance del pueblo y era perfectamente entendible.

Hoy tenemos la revelación de Dios escrita en su Santa y Bendita Palabra y Dios ha levantado y preparado siervos llamados pastores y maestros para enseñarla, así que tampoco hay excusa el día de hoy; quien no quiere oír ni aunque le pongan al mejor maestro del mundo; quien no quiere oír es porque tiene más interés en otras cosas. Pero en aquellos tiempos no había la Biblia, entonces la instrucción se hacía verbal hasta que se la aprendieran, y esto se hacía desde que eran niños y se pasaba de generación a generación. Esto nos enseña la importancia de enseñar a nuestros hijos desde chiquitos las cosas de Dios para que aprendan a conocerlo, amarlo y servirle y para que caminen siempre en sus caminos, para que vivan vidas de buen testimonio, para que vivan vidas comprometidas, para que vivan vidas de santidad y para que sean prosperados en todo lo que hacen y así ellos, cuando crezcan y se casen se lo comuniquen a sus hijos. La Iglesia del Señor estaría mucho más fortalecida si los todos los padres nos comprometiéramos en esto con

nuestros hijos; infortunadamente, esto es algo que no tiene prioridad en muchas familias; están más ocupados en otras cosas. Muchos piensan que educar a los niños es mandarlos a la escuela y pasar tiempo con ellos, que es entretenerlos, lo cual no es nada malo por supuesto, pero se olvidan de la parte espiritual, del fortalecimiento de la fe del pequeño y eso sí es malo, no solo para los pequeños, sino para ellos como padres. Luego andan preguntando *¿por qué?*, cuando los hijos se pierden en el mundo, o cuando no quieren saber nada de Dios, de su Palabra y de su Iglesia.

“Mira, Yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque Yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella” (vv.15-16).

Ahí está delante de ti el camino, dice Moisés al pueblo de Dios; uno conduce hacia el bien y el otro hacia el mal. Probablemente el del mal se vea más atractivo a simple vista. El Señor Jesús advirtió de esta realidad cuando dijo: *“Entrad por la **puerta estrecha**; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mt. 7:13-14 / Lc. 13:23-24).* Y dice que Él es la Puerta, por supuesto, la puerta estrecha: *“Yo Soy la puerta; el que por Mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos” (Jn. 10:9).* Pasto es el alimento de las ovejas, en este caso se refiere al alimento de su Palabra. Por eso, como ya dije antes, levantó el Señor siervos llamados *pastores* y *maestros*, para que alimenten al pueblo con su Palabra.

Moisés está diciendo que ellos tienen libertad para elegir el camino que quieren tomar, pero que si quieren en verdad ser bendecidos por Dios entonces deberán amar al Señor y andar en sus caminos. Nadie que esté viviendo en el pecado, nadie que esté separado de Dios, nadie que esté haciendo cosas que no son agradables delante de Dios, puede esperar la bendición de Dios; en la obediencia está la bendición de Dios. Muchos esperan primero ser bendecidos por Dios y luego prometen cambiar su estilo de vida a cambio, pero la Palabra de Dios nos enseña que primero es la obediencia y luego viene la bendición. Este es el orden del Señor.

Confiar en Dios, amarle y servirle en obediencia llevando vidas que glorifiquen su Nombre no solo era la única manera para los israelitas de permanecer vivos; también era la única manera en que ellos pudieran vivir

plenamente sin carencias y siendo productivos, es decir, prósperos. Este mismo principio aplica para nosotros hoy como lo enseña el Señor Jesús: *“Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí. Yo Soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de Mí nada podéis hacer. El que en Mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en Mí, y mis Palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado Mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así Mis discípulos”* (Jn. 15:4-8). Sólo dependiendo de Dios y haciendo su voluntad se puede tener segura una vida próspera en la tierra. Alguien puede decir *“y trabajando duro también”*, pero el trabajo es parte de la voluntad de Dios como el Señor le dijo a Josué de ser esforzado y valiente, y como Pablo le dijo a la Iglesia en Tesalónica: *“...os ordenábamos esto: si alguno no quiere trabajar, tampoco coma... A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan”* (2Ts. 3:10,12). El buen creyente es ejemplo de trabajo duro porque sabe que su trabajo glorifica al Señor.

“Mas si tu corazón se apartare y no oyeres, y te dejares extraviar, y te inclinares a dioses ajenos y les sirvieres, yo os protesto hoy que de cierto pereceréis; no prolongaréis vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para entrar en posesión de ella” (vv.17-18).

Como ya dije, nadie puede esperar llevar una vida llena de bendiciones si se está apartado del Señor. Para los judíos de aquel tiempo, como para nosotros hoy, rechazar la misericordia de Dios y buscar mayor satisfacción y alegría en otras cosas y en otros lugares es el camino más seguro a la ruina material y espiritual. El Señor Jesús lo enseña cuando dijo: *“Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?”* (Mt. 16:26). Tener a Cristo y no tener nada más, es tenerlo todo; tener todo, pero no tener a Cristo, es no tener nada.

“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a Él; porque Él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar” (vv.19-20).

La elección es de ellos, pero Moisés les invita a que elijan el bien porque en ello está la vida o la muerte. Lo mismo dice el Apóstol Juan cuando dice de la Salvación en el Señor Jesús: *“Y esta es la condenación: que la Luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la Luz, porque sus obras eran malas”* (Jn. 3:19). Pero hubo unos que sí creyeron al mensaje y recibieron a Cristo como Señor y Salvador, y por ello, éstos fueron hechos hijos de Dios (Jn. 3:12). Lo mismo está ocurriendo con los judíos; lo que escojan tenderá consecuencias, ya sea para vivir o morir, para ser bendecidos o maldecidos.

Conclusión.

El ser humano toma decisiones todos los días; algunas son sin tanta importancia y otras son muy importantes. Sus decisiones traerán consecuencias o resultados que pueden ser buenos o malos, dependiendo de la decisión tomada. El relato Bíblico de hoy nos enseña que, sin duda, la relación más importante y trascendental que podamos tomar es nuestra relación con Dios. Trascendental significa que se extiende, es decir, que afecta no solamente mi vida sino también la de los demás de una manera directa o indirecta.

Tanto Moisés como Juan el Apóstol, le están hablando al pueblo de Dios. Porque el pueblo de Dios, la Iglesia de Jesucristo, vive cada día tentada a tomar decisiones que le aparten de su Salvador. Satanás nos ofrece los placeres de la vida, ese es su trabajo y lo hace muy bien; así como al pueblo de Israel le ofrecía el gusto de adorar otros dioses o de, por lo menos, tomar parte de las prácticas religiosas paganas y adaptarlas a la adoración de Dios; les ofrecía el gusto de vivir en los deleites del pecado y la vanagloria de la vida y eso mismo hace con la Iglesia del Señor desde que inició.

Moisés tuvo que hablarles claro y fuerte para que tomaran una decisión. Les predicó un mensaje que tal vez no fue del gusto de todos porque a nadie le gusta que le hablen de la maldición y del castigo por el pecado; no todos reciben bien el mensaje de vivir vidas santas para el Señor, de comprometerse con el Señor, con Su Palabra y con la Iglesia. Lo mismo ocurre hoy. La cosa aquí es ¿qué vamos a escoger?, ¿cómo va a ser nuestra relación con Dios?, ¿lo elegimos a Él o preferimos la vanagloria de la vida? En aquel tiempo hubo uno que tomó muy en serio este mensaje de Moisés y dijo: *“Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron*

vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová. Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses” (Jos. 24:14-16). Este hombre se llamaba Josué y tomó la decisión más correcta, la más importante y trascendental de su vida, porque animó al pueblo a elegir también a Jehová. Josué fue quien finalmente llevó al pueblo de Israel a tomar posesión de la Tierra Prometida. ¿Nota usted cómo su decisión no solamente afectó su vida sino también la de los demás?

Y nosotros, ¿qué decisión vamos a tomar? Si decidimos tomar la decisión de elegir vivir una vida cristiana de palabra, cuyas acciones no reflejen que Cristo está en nosotros, que nos ha salvado y nos está transformando, tal decisión no solamente nos afectará a nosotros mismos sino que también impactará en otros –como en nuestros hijos, familiares, amigos, compañeros de trabajo, etc.- para que no se acerquen al Señor o para hacer lo mismo que nosotros; satanás tomaría ventaja de esto y esto es algo que no podemos permitirselo.

Como Moisés lo hizo, yo también, como pastor, le digo a usted que es creyente: elija a Dios por sobre toda las cosas; busque agradarle, servirle y adorarle sólo a Él; viva *por* Él y *para* Él; viva *con* Él y *en* Él. Eche mano de los recursos que Él nos ha dejado para lograr vivir la vida que Él espera de nosotros. Estos recursos son el Espíritu Santo del cual somos su templo (1Co. 3:16; 6:19), es decir, el Espíritu Santo que está en nosotros; eche mano de la Santa y Bendita Palabra de Dios para que sea su manual de vida y conducta; y eche mano de la oración. Piense como Cristo, y para hacerlo, usemos la mente de Cristo que está en nosotros (1Co. 2:16).

Entonces la promesa de Dios es que hará prosperar nuestro camino; hará prosperar todo lo que hagamos que glorifique su Nombre y de esta manera nuestra vida estará siempre firme y segura en el Señor y seremos de impacto para que otros vengan a los pies de Cristo y lo reciban como Señor y Salvador de sus vidas y para que después ellos extiendan el mensaje a otros. No significa que nunca más tendremos problemas, pero sí significa que sabremos salir de todos ellos victoriosos y fortalecidos en la fe. Amén... Vamos a orar...